

**La Metamorfosis de los  
intelectuales  
en América Latina.**

**Santiago, Chile**



*Cecilio*

La metamorfosis de los intelectuales en América Latina.

James Petras

Introducción:

Hace veinte años era prácticamente imposible encontrar un intelectual de izquierda en América Latina que estuviese dispuesto a aceptar financiamiento de fundaciones extranjeras. En la actualidad, por el contrario, resulta raro encontrar un investigador relacionado con cualquier instituto reconocido cuya labor no esté financiada por una fundación europea o norteamericana, de grande o mediana envergadura. Y en la mayoría de los casos de quienes no trabajan auspiciados por alguna fundación, se podría afirmar que no se debe tanto a una resistencia deliberada como al hecho de que aún no se han establecido los contactos y cauces adecuados.

Los orígenes del cambio.

Las dictaduras militares de los años sesenta jugaron un rol de primer orden en el cambiante mundo de los intelectuales latinoamericanos. En primer lugar, estas dictaduras mataron o encarcelaron a muchos de los intelectuales más destacados. Los que fueron encarcelados (y tuvieron la suerte de salir con vida), los exilados y los exonerados en las universidades perdieron su principal fuente de ingresos. Por otro lado, se procedió a la clausura de las publicaciones, y otros tantos movimientos, sindicatos y partidos políticos fueron purgados y diezmados. Los diarios y revistas fueron clausurados o sometidos a una férrea censura. La clase intelectual, que se había vuelto política y económicamente vulnerable, se mostró cada vez menos renuente a aceptar el financiamiento extranjero como un modo de supervivencia.



Por otro lado, la presión de la opinión pública mundial (en la que se incluía a los militantes de los derechos humanos, a la Iglesia, a los partidos políticos, etc.), de las instituciones de ayuda gubernamentales de Europa y Canadá y de las fundaciones privadas en los Estados Unidos, provocaron un aumento de los fondos de ayuda y una liberalización de los criterios ideológicos a la hora de otorgar el financiamiento a los beneficiarios potenciales de América Latina. Así, la liberalización de estos programas de ayuda, junto a las purgas que cada régimen militar llevó a cabo contra las instituciones y los partidos políticos, configuraron la base para la creación de un nuevo universo intelectual, a saber, los centros de investigación financiados por la ayuda externa. En el caso de algunos intelectuales, política y económicamente vulnerables esto venía a significar un verdadero salvavidas: los lazos que los unían a las agencias gubernamentales europeas o a las fundaciones de Estados Unidos les dispensaban protección política y una fuente de ingresos estable que a muchos les permitió sobrevivir y seguir adelante en la investigación de un amplio espectro de temas. Los resultados inmediatos de este maridaje entre las fundaciones de corte liberal y socialdemócrata, por un lado, y los intelectuales más vulnerables, por otro, parecía auspiciar un buen futuro: mientras las universidades y otras instituciones públicas eran pisoteadas, surgían aquí y allá islas de racionalidad, de espíritu científico y de análisis crítico de la realidad, y en ellas se seguía recolectando datos y publicando investigaciones en ciencias sociales.



Los institutos más grandes y de mayor prestigio estaban controlados y dirigidos por intelectuales de centro izquierda que se habían asociado con fundaciones extranjeras y desarrollado lazos con ellas desde finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. El crecimiento y éxito de estos centros de investigación condujo a la proliferación de toda una gama de nuevos institutos, a una verdadera sopa de letras y acronimias. Así, un espectro amplio de escritores, de intelectuales ligados a la política y de analistas en temas económicos se sumó a la corriente para obtener financiamiento externo. Además, el regreso de numerosos intelectuales que habían vivido fuera de sus países dio lugar a la fundación de nuevos institutos.

En muchos casos los intelectuales exilados habían tenido acceso a financiamiento del gobierno o de otras fundaciones del país que los había acogido, y habían mantenido una estrecha colaboración con las corrientes intelectuales liberales y socialdemócratas más importantes.

Se forjó, así, una relación directa entre la integración institucional de los intelectuales latinoamericanos desplazados y su consumo creciente de ideas y corrientes intelectuales post-marxistas. Cuando estos intelectuales regresaron a América Latina, estos sistemas estructurales e ideológicos se convirtieron en elementos esenciales de la expansión de los nuevos institutos. Estas redes o sistemas integrados fueron cruciales porque las condiciones económicas en América Latina en el periodo que siguió a los golpes militares eran extremadamente desfavorables. Así, se prestó una atención muy par-



ticular a los temas económicos porque los intelectuales que habían regresado experimentaron un deterioro radical de sus condiciones de vida en relación a lo que habían conocido en Europa, Méjico, Venezuela o Norteamérica.

Para resumir, el ejemplo de los institutos de prestigio y económicamente solventes, junto a las ventajas brindadas por los contactos con el exterior, las condiciones poco favorables ofrecidas por las universidades públicas y el deseo de amortiguar el deterioro de las condiciones de vida, fue un conjunto de factores que favoreció la importante proporción de izquierdistas exilados que se integraban a una práctica cada vez más competitiva: el diseño de proyectos para conseguir ayuda externa. Lo paradójico es que algunos de estos intelectuales fueron favorecidos por la crisis económica, cada vez más profunda, la misma crisis que había agudizado la pobreza y la miseria de los más desfavorecidos del campo y la ciudad. Esta pobreza era precisamente la que sembraba la inquietud política entre las fundaciones financiadas desde el exterior. El temor de una nueva ola de malestar social, y el desafío que aquello planteaba a los regímenes liberales y conservadores beneficiarios (que podían pronunciarse por el no pago de la deuda) condujo a las fundaciones a inyectar mayores cantidades de dinero en los institutos.

Si bien los primeros recursos del exterior se orientaron hacia la implementación de una crítica del modelo económico y de las violaciones de los derechos humanos, en una segunda etapa fueron destinados al estudio de los nuevos movimientos sociales. Más tarde, una tercera corriente de recursos



fue destinada al análisis de los problemas de democratización y de la deuda. Los resultados que arrojaron estos estudios configuran un modelo con ciertas características generales: los análisis sobre las dictaduras se centraron en los rasgos que definían la represión política y no en los lazos económicos y militares con los grupos de poder de Europa occidental y de Norteamérica.

Así, la violencia del Estado fue analizada en términos de violaciones de los derechos humanos, y no como expresión de la dominación de clase, es decir, como parte de la lucha de clase, como violencia de clase. Las plataformas políticas que surgieron de este tipo de perspectivas plantearon el conflicto en términos de concepciones políticas opuestas, como un conflicto entre las democracias liberales y las dictaduras militares: esta disociación deliberada de la estructura de clases del poder del Estado fue justificada por la noción de que la esfera política era una realidad "autónoma", independiente de la sociedad civil.

Los estudios sobre los movimientos sociales conservaron esta tónica. En ellos se sostenía que los movimientos sociales eran fenómenos contrapuestos a la política de clases, que la estructura de clase en que se originaban era heterogénea, y que las luchas de estos movimientos sociales se daban en planos muy distantes de la política ideologizada de antaño. En relación a los movimientos sociales, la línea política sostenía, en una primera instancia, que deberían separarse de los partidos políticos ideologistas (radicalizados); más tarde, con el auge de los partidos liberales con derecho a participar



en el juego electoral, la línea política experimentó un viraje y se aconsejó a los movimientos que canalizasen sus iniciativas hacia la "lucha por la democracia". La "autonomía de los movimientos sociales" fue el rótulo que cobró auge cuando los investigadores intentaron separar a éstos de la izquierda revolucionaria; más tarde, se enarboló la fórmula de "participación en los frentes democráticos amplios" cuando apareció en escena la política liberal electoralista.

La tercera etapa -sobre la democratización- fue la más abiertamente ideológica. Las investigaciones se centraron entonces en un conjunto de fórmulas que justificaban ciertos acuerdos con los grupos de poder económicos y militares, nacionales y extranjeros, como la única opción viable "posible", lo cual venía a criogenizar el proceso de transformación en aras de una transacción entre los civiles conservadores y los militares.

En resumen, de las investigaciones auspiciadas por los institutos latinoamericanos, se desprende un conjunto de temas comunes y un conjunto de prescripciones políticas igualmente comunes. Todos los estudios han generado una gran cantidad de datos y de información, pero éstos se encuentran alojados en un marco de referencias ideológicas profundamente mediatizadas por los programas políticos de las fundaciones extranjeras. En todas las ocasiones, los responsables de estas fundaciones optaron por temas de un interés crucial para los artífices de la política exterior y empresarial de sus propios países. Su objetivo era crear alternativas políticamente aceptables a las dictaduras y organizar fuerzas políticas capaces de servir como estructuras de contención a los embates que pu-



diese sufrir la economía de libre mercado, hegemónica en Occidente. El objetivo principal consistía en establecer una hegemonía ideológica entre los intelectuales latinoamericanos, dado que estos representan un contingente de primer orden que van a engrosar las filas de los sectores de centro-izquierda.

La relación entre los responsables de las fundaciones y los intelectuales de los institutos es compleja y sutil. Por un lado, no existen límites explícitos y es escasa la vigilancia política abierta. Son frecuentes las reuniones y hay intercambios de ideas acerca de los temas de investigación más pertinentes. Además, se suele dar cierto grado de influencia recíproca. Con no poca frecuencia las instituciones financiadoras dan a conocer los temas que estiman prioritarios en los programas anuales de investigación. A su vez, los directores de los institutos organizan equipos con el fin de formular propuestas que vinculen la realidad nacional a los proyectos esbozados por sus potenciales benefactores.

También suele suceder que los mismos directores de estos centros de investigación son capaces de anticiparse a los deseos y las necesidades políticas de las fundaciones, y puedan, en consecuencia, desenvolverse eficientemente para salvaguardar sus intereses. Así, esta aparente "autonomía local" está supeditada a los proyectos políticos de los centros hegemónicos. La incongruencia que significa esta aparente autonomía intelectual frente a la poderosa dependencia económica tiene un peso psicológico y político. Sin aquella autonomía aparente podría llegar a impugnarse aquella abrumadora recopilación de datos sobre temas muy delicados.



Las consecuencias patentes de la dependencia económica se manifiestan en un plano ideológico y establecen los modelos políticos del discurso intelectual. Esta es la razón por la cual debe conservarse esta fachada de autonomía: se trata precisamente de disimular la dependencia. Las investigaciones críticas sobre organización y participación popular, sobre la política de distribución de ingresos, etc., es esencial en la difusión de la idea de autonomía intelectual. Al mismo tiempo, la disociación por la cual se abstrae la realidad de estas condiciones de su contexto de dominación imperialista y de clase no hace sino reforzar los vínculos estructurales a largo plazo que se establecen con el benefactor extranjero.

La transformación de los intelectuales latinoamericanos se funda en su incorporación, como funcionarios investigadores, a institutos que dependen del financiamiento externo. Su trabajo consiste en obtener información que sus benefactores no habrían obtenido por otros medios. Y, más importante aún, también consiste en hacer circular e implantar ideas y conceptos que cuentan con la venia de sus benefactores y que se convierten en la ideología dominante de la clase política.

#### El desplazamiento del intelectual.

En América Latina existieron en el pasado -en los mejores casos- ejemplos de aquellos hombres que Gramsci definió como "intelectuales orgánicos". Se trataba de escritores, periodistas y economistas políticos vinculados directamente a las luchas sociales contra el imperialismo y el capitalismo. Eran figuras integradas en los sindicatos, en los movimientos estudiantiles o en los partidos revolucionarios. El Ché Gueva-



ra, Camilo Torres en Colombia, Luis de la Puente en Perú, Miguel Enríquez en Chile, Roberto Santucho en Argentina y Julio Castro en Uruguay fueron algunos de los cientos -sino de miles- de intelectuales que conjugaron su labor intelectual con las luchas sociales de sus respectivos países. Estos intelectuales orgánicos establecían las pautas de acción para el resto de la clase intelectual. Para miles de congéneres, el ejemplo político y personal de los intelectuales orgánicos era tomado como una referencia a la que ellos se acercaban en mayor o menor medida. Existía una lucha "interna" permanente entre el oportunismo profesional y los compromisos políticos en la medida que los intelectuales latinoamericanos hacían de su opción una cuestión vital. Esta lucha ya no se da en la actualidad. Ha sido resuelta y olvidada hace tiempo por esta nueva especie de intelectuales orientados hacia la investigación en los institutos. Hoy en día el problema consiste en cómo conseguir la máxima cantidad de dinero de la fundación extranjera más accesible.

Parafraseando a Foucault, se podría decir que hoy los intelectuales son prisioneros de sus propias y estrechas ambiciones profesionales. Sus vínculos con las fundaciones extranjeras, con las burocracias internacionales y con los centros de investigación dominan una vida política interna vacía y falsa. En el pasado, los intelectuales orgánicos luchaban financiados y mantenidos por su propia actividad. Vivían y sufrían los avatares económicos de sus países. Hoy en día, los intelectuales institucionales viven y trabajan en un mundo que depende de fuentes externas, al abrigo de las contingencias gracias



a los sueldos en divisas fuertes y desvinculados de los altibajos económicos de sus propios países. Los profundos vínculos horizontales entre el intelectual orgánico y la sociedad civil contrastan con los vínculos verticales entre el intelectual institucional y las fundaciones extranjeras y, ahí donde los civiles han recuperado el poder, con el Estado y el nuevo régimen.

Las dictaduras crearon indirectamente una nueva clase de intelectuales orientados "internacionalmente". A pesar de sus ostensibles críticas al modelo económico de corte neoliberal, éstos han tejido vínculos de dependencia con organizaciones extranjeras que vienen a ser tan poderosos como la dependencia de sus adversarios respecto a los grupos de poder ligados al sector exportador. Esta nueva clase tiene una vida y un estilo de trabajo que contrasta visiblemente con el de las generaciones precedentes de intelectuales orgánicos.

Durante mi visita a Chile se me ocurrió la siguiente anécdota: El director de un centro de investigación invitó a su madre para que viajase a visitarlo desde provincia. Fue a recogerla al aeropuerto en su flamante Peugeot. "¿De dónde has sacado este auto tan bonito?", preguntó su madre, asombrada, al ver el moderno tablero de mandos.

"Me lo financia el Instituto. Lo necesito para mi investigación y para derrocar a la dictadura", contestó él.

Al llegar a su bella casa en los suburbios de Santiago, la madre inquirió, otra vez maravillada. "¿De dónde has sacado esta preciosa casa?"

"La financió el Instituto. La necesito en mi investigación para derrocar a la dictadura."



Entraron al comedor, donde les esperaba la mesa servida: mariscos, pollo, ensaladas, fruta y un excelente vino. La madre comió a sus anchas y luego preguntó: "¿De dónde has sacado esta comida tan sabrosa?"

"La financia el Instituto. Me sirve en mi investigación para derrocar a la dictadura."

Llegado ese momento, la madre se le acercó y le susurró al oído: "Ten cuidado de que no derroquen a la dictadura porque podrías perderlo todo."

Y la verdad es que cuando se trata de los intelectuales institucionales que se desenvuelven en los círculos de las fundaciones internacionales, tienen mucho que perder, y no precisamente en términos de un profundo compromiso con las luchas populares que persiguen la transformación del sistema socioeconómico. Los intelectuales institucionales de hoy miran despreciativamente a la antigua generación de intelectuales orgánicos -como un puñado de "ideólogos"- y se ven a sí mismos como Cientistas Sociales. No existe, claro está, tal distinción entre ciencia e ideología. Los ideólogos institucionales están tan ideológicamente orientados como sus predecesores. Su "ciencia" está atada a un mundo de conflictos circunscritos, de élites electorales, de mercados privados y de ingeniería social. Son ellos los perros guardianes ideológicos que han destruido las posiciones antiimperialistas al mundo de las lenguas muertas. Además, han descrito su propia metamorfosis de funcionarios intelectuales como la culminación de una revolución científica que trasciende las inquietudes ideológicas vulgares y parroquiales. Anteriormente, los intelectuales orgánicos discutían apasionadamente sus ideas porque éstas tenían



consecuencias directas para sus propios compromisos y para su participación. Ahora los intelectuales cambian sus ideas con a misma frecuencia con que cambian de ropa interior. La postura de la objetividad (la metodología necesaria que exige la venia del exterior) les permite tomar la distancia necesaria para observar estos conflictos como objetos que pueden ser reducidos a contratos, administrados y legislados.

El problema del compromiso intelectual está relacionado con el público al cual cada uno se dirige; el intelectual institucional escribe y trabaja dentro del espacio compartido con otros intelectuales de su misma especie, con sus superiores allende los mares y con el lenguaje de sus conferencias internacionales. Además, como ideólogos políticos, definen los límites para la clase política liberal. El intelectual orgánico se desenvolvía entre las filas de los activistas y militantes, y poseía una visión global de las cosas capaz de plantear un desafío a los límites de la economía burguesa de libre mercado. Su trabajo estaba vinculado a las luchas de los mineros, los empleados y los obreros, a los lugares e instancias concretas donde se ejercía la dominación imperialista. Era capaz de establecer la relación entre el descontento social y las luchas políticas contra un estado claramente definido por su contenido de clase.

El auge de los intelectuales institucionales ha dado al traste con los conceptos claves que inspiraban las luchas del pueblo: imperialismo, socialismo, poder popular y lucha de clases han desaparecido, tragados por los agujeros negros de la memoria; son conceptos que han dejado de estar de moda. En



lugar de estas formulaciones precisas han surgido en el aparato conceptual de los intelectuales institucionales las nociones vacías de "participación popular" y otros conceptos carentes de todo contenido, tales como los "problemas de la deuda" y los "contratos sociales". Los nuevos códigos de lenguaje de los intelectuales institucionales tienen una doble función: por un lado, proporcionan a los perros guardianes de la ideología las armas simbólicas para ahuyentar a quienes actúen como violadores de ese espacio ideológico y, por otro, legitima, a los ojos de los demás intelectuales, su rol como guardianes de la ideología hegemónica en los centros financiados por las fundaciones liberales. Este estilo de trabajo intelectual tiene efectos magnificadores en el interior de los centros dedicados a una difusión ideológica mediante la promoción y capacitación. En estas actividades de promoción en las clases populares, la solución de los problemas suele definirse localizada-mente, y está disociada de cualquier noción acerca del poder del Estado y de la construcción de una visión alternativa, fundada en una concepción de clase, de una sociedad colectivista y democrática, todo lo cual precisamente caracterizaba el proyecto original y creativo del intelectual orgánico.

Las transformaciones conceptuales y lingüísticas que van de la mano con la mutación del intelectual orgánico en intelectual institucional se manifiestan de varias formas distintas. La política del lenguaje viene a ser el lenguaje de la política. Los documentos publicados por los institutos son sorprendentes, tanto por los elementos que contienen como por los que no contienen. En los tiempos actuales, cuando los princi-



pales bancos y corporaciones europeas y americanas se encuentran abocados a una expoliación masiva y sostenida de los excedentes, no existe en Chile, Argentina, Perú, Colombia o Uruguay, ningún centro financiado por fuentes externas dedicado a dilucidar y profundizar nuestra comprensión de la teoría y práctica de la explotación imperialista. En su lugar, somos testigos de un lenguaje evasivo y eufemístico construido por las ciencias sociales; los problemas son planteados en términos de balanza de pagos o de deuda externa. Los intelectuales institucionales han puesto en práctica una abierta y hábil disociación entre la "deuda" y la política de clases, y, más aún, de la lucha de clases. Desde sus atalayas sólo ven unos "Estados" incorpóreos, sin contenido de clase, que negocian con otros "Estados": es decir, los intelectuales institucionales han creado la metafísica de la post-política.

En su sentido más amplio, el auge de los intelectuales institucionales y la caída de los intelectuales orgánicos representa una contrarrevolución cultural, un gran salto hacia atrás. Se trata del mundo de unos intelectuales que se desempeñan como "consejeros políticos internos", como los administradores del conformismo político (o, según su código, del consenso político). Para los intelectuales izquierdistas arrepentidos (aquellos que se convirtieron de una vocación política a una institucional), la esencia de la política radica en la burocracia. El eje de la política gira sobre la base de los mezquinos intereses institucionales, y no se trata más que de desarrollar lazos con los caciques de los centros de poder bu-



rocráticos. En este contexto, la principal inquietud intelectual consiste, por un lado, en resuscitar el formalismo y el legalismo y, por otro, en hacer de la política sustantiva una actividad marginal.

El agotamiento político (en el sentido de la incapacidad o falta de voluntad para formular una visión global de las cosas) ha sido reconstruido bajo la forma de Teoría Política -es decir, como una recopilación ascéptica de conceptos que no guardan relación alguna con las luchas históricas. Tampoco existe ninguna relación entre las opciones políticas de los intelectuales institucionales y la realidad de América Latina en la década de los 80. Bajo las condiciones de regresión socioeconómica absoluta y sostenida, y teniendo en cuenta la abyecta miseria que vive el pueblo y el descontento social que no deja de crecer, el lenguaje y la práctica conceptual de la reconciliación social y política parecen irreal. No reflejan en absoluto la realidad objetiva de América Latina; sólo aparecen como reflejo de la reconciliación del intelectual con los parámetros ideológicos de las fundaciones extranjeras.

En los centros de investigación donde hay espíritus más consecuentes surge una profunda contradicción entre los graves problemas estructurales sobre los que se discute tan rigurosamente y con lujo de detalles y las políticas superficiales formuladas con un lenguaje burocrático y eufemístico. La combinación de la crítica sobre las condiciones socioeconómicas y las definiciones políticas surgidas de la inconsecuencia bastan para definir el dilema en que se han sumido los intelectuales institucionales más capaces de América Latina.



La posibilidad de que esta contradicción evoque una sensación de malestar personal entre algunos de estos intelectuales se presta a conjeturas. Para la mayoría, las operaciones institucionales constituyen la realidad dominante en su vida cotidiana. Y para aquellos que operan según las reglas del instituto, el mundo importante es el de los círculos de los institutos internacionales. El prestigio y las recompensas giran en torno a la conferencia internacional y al centro de estudios avanzados. Los principales directores de los centros internacionales y los organizadores de grandes proyectos de investigación que involucran a varios países son figuras claves en el mundo del intelectual institucional.

El crecimiento masivo y rápido de los intelectuales institucionales y su auge en la década de los 80 oculta su creciente vulnerabilidad. La universalización de los intereses privados, tan evidente en sus vidas y en su quehacer intelectual, no es portadora de ninguna solución en un marco social, y sólo contribuye a fragmentar cada vez más el tejido de la sociedad civil. La sobreevaluación que ellos hacen de las libertades individuales, a expensas de los derechos sociales de toda la colectividad, los sitúa en una posición antagónica a los nacientes movimientos sociales, lo cual podría traer consigo una reacción popular con el correr del tiempo. Para el intelectual institucional, el problema primordial ha llegado a ser la reproducción de su propio instituto. En la medida que aumenten los conflictos de clase es de esperar que los directores de las fundaciones les exijan unas definiciones políticas claras -lo cual significa abordar estudios que versen no sobre el terror del Estado sino sobre la propensión a la vio-



lencia de los habitantes de los suburbios más pobres, información que puede resultar útil para combatir la rebelión popular. La paradoja estriba aquí en el hecho de que quizá serán las propias fundaciones las que conducirán de vuelta al intelectual al estudio de las relaciones entre clase y Estado (es decir, los alejará de una perspectiva centrada en el "Estado") en la medida que brote la inquietud, esta vez a propósito de las nuevas olas de la lucha de clases. Por ejemplo, en la actualidad existen en Perú al menos cinco proyectos financiados por fundaciones extranjeras que estudian el fenómeno de Sendero Luminoso.

Durante las dictaduras militares los institutos de investigación mantuvieron una posición ambigua: por un lado, publicaron estudios que atacaban las violaciones de los derechos humanos, las desigualdades de los ingresos, los pagos de la deuda y el patrón de acumulación económica de corte neoliberal. Al mismo tiempo, los institutos acuñaban sus prescripciones políticas en términos de alianzas políticas y sociales (e incluían como socios de coalición a los grupos de poder económicos y militares y a las democracias capitalistas de Occidente) que parecían excluir cualquier posibilidad de reformas que respondiese consecuentemente a ese estado de cosas. El tratamiento ambiguo que daban los intelectuales vinculados a los institutos de investigación a los análisis críticos en materias socioeconómicas, después de acomodarse a ciertas prescripciones políticas, encontró una feliz solución en la transición a los regímenes civiles electorales. En algunos países como Argentina o Brasil, los intelectuales institucionales pasaron a



ocupar importantes funciones en los nuevos gobiernos civiles. Estos gobiernos, condicionados por sus alianzas con los grupos de poder económicos y militares, se adaptaron a las estructuras socioeconómicas ya existentes y siguieron aplicando una política similar a la de sus predecesores. En este contexto, los intelectuales institucionales, entre los que se incluían tanto los que ocupaban altos cargos en el nuevo gobierno como a sus colegas, aún vinculados a los institutos, pero desempeñándose al mismo tiempo como consejeros del régimen, provocaron un viraje de los planes de investigación, de tal manera que se tomaba distancias con los estudios críticos sobre las desigualdades, la dependencia económica y el poder y, por lo mismo, la mira se desplazaba hacia horizontes tecnocráticos y desarrollistas. Las críticas ya no apuntaban a sus pares en el gobierno y el Estado sino a los sindicatos, los movimientos sociales y los partidos políticos en la sociedad civil. Ahora se trataba de presionar al gobierno para que cumpliera con sus promesas electorales. Una de las nociones más banales y más manoseadas por la prosa y presente en los raros casos en que los intelectuales institucionales convertidos al oficialismo se pronunciaron políticamente, era la noción del "demonio bicéfalo". Según esta idea, el gobierno nacido de las urnas estaba amenazado por la derecha militar y por los movimientos sociales 'izquierdistas' o 'extremistas'. Los intelectuales institucionales decidieron amalgamar bajo una misma categoría los movimientos sociales democráticos, que lucharon y eligieron gobiernos civiles, con los grupos militares y paramilitares que se vieron desplazados del poder. Este ejercicio de mala fe inte-



lectual es sintomático del avanzado estado de corrupción que va de la mano de la conversión por la cual los intelectuales institucionales se vuelven funcionarios del Estado.

Estos intelectuales uniformados no pueden tomar posiciones frente a la crisis de sus gobiernos liberales libremente elegidos ni ante los fracasos de su política de contrato social. Aquello significaría que deben separarse del marco ideológico cuyo respeto garantiza el financiamiento de las fundaciones.

Los directores de los institutos no sólo saben de sobra dónde conseguir fuentes de financiamiento; también están conscientes de los peligros que traería consigo el plantear alternativas sociales fundadas en un poder popular que amenazaría las democracias liberales decadentes. Frente a este dilema, la postura que más les conviene adoptar se basa en el argumento de que la situación que ha seguido a la dictadura es muy difícil y compleja y que no existen las alternativas fáciles. Esta postura les permite a los intelectuales institucionales seguir recibiendo financiamiento, mientras se desentenden de los aspectos y de las políticas más conflictivas practicadas por sus congéneres en el poder.

Así poco después de la transición hacia un régimen civil, los intelectuales institucionales pasan de la celebración post-electoral a la consternación política. Como apologistas del gobierno han renunciado a su responsabilidad como intelectuales críticos. La crisis actual de las democracias liberales en América Latina se refleja en la crisis de los intelectuales institucionales, y esto es particularmente visible



en el hecho de que las fundaciones extranjeras han comenzado a buscar y a financiar otros institutos vinculados a las nuevas fuerzas sociales en ascenso.

### Conclusión

La nueva generación de los años 90 tendrá ante sí dos modelos de intelectuales diametralmente opuestos: los intelectuales orgánicos de los años sesenta y los intelectuales institucionales de los ochenta. La influencia de estos últimos en la actual generación ha sido contradictoria. Han proporcionado las herramientas metodológicas necesarias, pero sus investigaciones teóricas y empíricas se han inscrito en un contexto ideológico cuyas características conforman un ámbito inadecuado para desarrollar un compromiso con las nacientes luchas de clases. Sin embargo, esta incapacidad del intelectual institucional para dar respuestas adecuadas a los urgentes problemas planteados a los regímenes liberales democráticos ya ha puesto en marcha la formación de núcleos de jóvenes intelectuales que han establecido lazos con los movimientos sociales y políticos. El modelo que los intelectuales institucionales presentan a las nuevas generaciones de intelectuales tiene sus raíces en un estilo de vida y en valores que inspiran sus investigaciones -el vincularse a las redes internacionales de poder y presentar fórmulas política ambiguas. La crisis actual en América Latina puede conducir a la nueva generación de intelectuales que no pueden ser o deciden no ser absorbidos por el sistema a luchar contra el actual estado de cosas y a reinsertarse en los movimientos populares a través de vínculos orgánicos.